

La tensión de una ironía apasionada



Profesor del Departamento de Sociología del Instituto de Filosofía y Ciencias Humanas de la UNICAMP (IFCH), Renato Ortiz se graduó en Sociología en la Universidad de París VIII. Hizo la Maestría en Ciencias Sociales y el doctorado en Sociología en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales, París. Escribió, entre otros libros, *La Muerte Blanca del hechicero Negro* (Ed. Vozes, 1978. Reedición Ed. Brasiliense, 1991); *Cultura Brasileira e Identidad Nacional* (Ed. Brasiliense, 1985); *Una Moderna Tradición Brasileira* (Ed. Brasiliense, 1988); *Cultura y Modernidad* (Ed. Brasiliense, 1991); *Románticos e Folcloristas* (Ed. Ojo de Agua 1992) y *Mundialización y Cultura* (Ed. Brasiliense, 1994).

Traducción de Susana Martins

La Octavio Ianni dejó muchos legados, entre ellos una obra excepcional, la apertura a múltiples campos de saber y una autonomía rara en el medio intelectual. Una opinión del sociólogo y profesor Renato Ortiz, responsable de la llegada de Ianni al Instituto de Filosofía y Ciencias Humanas de la UNICAMP (IFCH). Iniciada en 1985, en el programa de Ciencias Sociales de la PUC – SP, la amistad entre los dos intelectuales se ha vuelto más estrecha a lo largo de la última década. En la entrevista que sigue, Ortiz habla de la importancia de Ianni en el escenario intelectual brasileño, analiza su trayectoria y habla de su convivencia con el profesor emérito.

Diario de la UNICAMP. ¿Cuál fue el legado dejado por el profesor Octavio Ianni?

Renato Ortiz. Eso puede ser visto desde varios ángulos. Evidentemente, en primer lugar, nos ha legado las obras. Me gustaría enfatizar en esta dimensión, poco valorada en el caso brasileño, y más plenamente reconocida en el contexto europeo. Hemos dado poca importancia a la noción de su obra, es decir, al desenvolvimiento de un conjunto de

trabajos a lo largo del tiempo. Octavio era uno de los pocos intelectuales brasileños que tiene una obra, un itinerario marcado por un conjunto de textos, ricos y complejos, que no fueron interrumpidos por diversas razones; es un hombre de muchos escritos.

D.U. Que abordan varios temas

R.O. Ahí tenemos otro elemento. Ianni ve al trabajo intelectual como una totalidad. Felizmente, él nunca se adaptó al proceso de especialización de las ciencias sociales. Esto puede ser inferido no sólo por el tratamiento que da a los temas, sino sobre todo por la variedad de dichos temas -cultura popular, cine, globalización, esclavitud, populismo, racismo...-. Esa variedad es muy rica y, la verdad, es que tiene un hilo conductor que es la forma en que él ha pensado la sociedad, como un todo, formada por múltiples niveles: económico, político, social, cultural. Es curioso, porque Octavio puede ser visto dentro de una línea de las ciencias sociales denominada hoy como multidisciplinaria, aunque la verdad es que se trata de la continuación de una tendencia clásica que tiene raíces en diversos autores, como Max Weber, por citar sólo alguno.

D.U. ¿Qué otros sociólogos tienen o tuvieron una trayectoria semejante en Brasil?

R.O. Florestan Fernandes ciertamente es un ejemplo paradigmático, en la medida en que tiene una obra y una trayectoria importante. Y yo diría que Maria Isaura Pereira de Quiroz representa también una tradición de continuidad en el trabajo intelectual, ya que su obra es extensa y trabaja sobre una diversidad de temas, mesianismo, carnaval, cultura popular, pensamiento brasileiro, gobierno oligárquico. Y desde ya Fernando Henrique Cardoso, no? El interrumpe su trayectoria, cuando a partir de los años 70, se vuelve hacia la política. Por otro lado, siempre tuve la impresión de que la perspectiva de Fernando Henrique fue más restricta que la de Octavio.

D.U. ¿En qué sentido?

R.O. El se interesa más por elementos políticos, en el sentido estricto del término, y económicos, en su relación con la política. Cuando se lee sobre la sociología de la dependencia, se tienen la sensación de un cierto reduccionismo en el cual la política y la economía son tan predominantes que las otras esferas de la sociedad parecen ser secundarias. Octavio tiene una apertura mayor, su obra dialoga con un conjunto de áreas, aparentemente distantes del universo sociológico, como la literatura. En este sentido, es importante valorizar este aspecto de su legado, una contraposición con una cierta "taylorización" del conocimiento, en el cual las especialidades han ganado una preponderancia exorbitante sobre una visión más abarcativa.

D.U. ¿En qué momento lanni se distanció de FHC?

R.O. No sabría responder correctamente a esa pregunta, pues en ese momento aún no lo conocía. Nos hicimos realmente grandes

amigos -en realidad, él se transformó en un hermano mayor para mí- a partir de 1985, cuando fui a trabajar a un programa de ciencias sociales de la PUC en San Pablo. Yo era parte de una clase pequeña compuesta por Carmen Junqueira, una mujer extraordinaria, Cândido Procopio -que había sido presidente del Cebrap en los años 70-, Florestan Fernandes, Bolívar Lamounier e Ianni. Volviendo a su pregunta. Existe una actitud de Octavio, y eso es otro de sus legados, que es distinta a la de Fernando Henrique. Siempre es delicado hablar de un ex -presidente de la República y ahí entran las razones ideológicas, las simpatías y antipatías políticas. Permaneciendo, por lo tanto, en el plano estrictamente intelectual, es posible decir que Ianni tenía una trayectoria y una actitud intelectual, que pueden ser contrastadas con Florestan Fernandes y Fernando Henrique Cardoso. Florestan Fernandes cultiva esa actitud de una autonomía en el campo de las ciencias sociales, de una soberanía de pensamiento, pero en el final de su vida fue sustituida por la idea de una militancia política. Fernando Henrique interrumpe más prematuramente su trabajo intelectual y se vuelve un político, lo que evidentemente es su derecho de elección, y tuvo un éxito mucho más grande en su carrera, ya que llegó a la Presidencia de la República. Por lo tanto es importante entender que esas elecciones tienen implicancias en el universo del pensamiento.

D.U. ¿De qué orden?

R.O. Octavio percibía muy bien que este compromiso con la política era contradictorio con un compromiso con el pensamiento. Eso no significa que él no tuviera concepciones políticas, ni tampoco que no se interesara por cuestiones de este orden. Por el contrario, son las contradicciones sociales (racismo,

desigualdad) y políticas (socialismo, totalitarismo, terrorismo mundial) las que nutren su pensamiento y su reflexión crítica. Cuando digo actitud es porque una soberanía del pensamiento no puede ceder a las exigencias de un partido político, del Estado, de los sindicatos o de los movimientos sociales. De ahí que su trayectoria se incline para otro lado. Fernando Henrique es un ex - sociólogo. A veces puede resultar desagradable expresarlo de esta manera tan explícita, pero es eso. Cuando dice, o se le atribuye una frase de "olvidé lo que escribí" significa que debe ser juzgado según otros parámetros, distintos de los del mundo académico. No quiere decir que no sea verdad pero en la política las cuestiones son otras. El problema es que muchas veces, en las palabras del ex -presidente existe una ambigüedad, una especie de contrabando del universo de la política con el universo del pensamiento académico. Octavio tenía una enorme dificultad para aceptar eso. Y yo estoy completamente de acuerdo en la medida en que el campo académico no puede ser sometido a la lógica de la política, ni de los medios, ni las imposiciones del sentido común. Es necesaria una gran autonomía, una soberanía.

D.U. ¿Cómo vivenció Ianni esa tensión?

R.O. Supongo que de una manera muy fuerte. No porque hubiera una ruptura con un colega que después se transformó en Presidente de la República. O debemos mezclar las cosas. A veces tengo la impresión de que la prensa quiere forzar una oposición ficticia entre dos personajes que realmente tuvieron, a partir de un cierto punto, una bifurcación, trayectorias completamente distintas. Reducir las cosas a esta falsa polarización es no comprenderlas realmente. El punto de inflexión tiene

que ver con una comprensión del trabajo intelectual. Octavio luchaba contra las ideas del intelectual orgánico, para usar una expresión de Gramsci, o las del “salvador de la patria” como decían los isebianos (ISEB). Si vamos a usar una imagen de Gramsci, prefiero recurrir a otra, la de la ironía apasionada. Una ironía me separa del mundo y una pasión me re-coloca en el seno de sus contradicciones. Por lo tanto una ironía apasionada es una tensión entre el pensar / estar en el mundo. Esa tensión es fundamental en la actitud que Ianni cultivaba en relación al trabajo intelectual. Y estoy convencido que esa postura ética debe ser valorizada, sobre todo porque hoy está muy poco difundida en la universidad brasileña. No sólo en su relación con la política, sino por las propias transformaciones de las ciencias sociales en el contexto de un mundo capitalista avanzado.

D.U. ¿Cuáles fueron las consecuencias de esa inserción?

R.O. Realmente hubo un proceso de sumisión de la autonomía del pensamiento a las exigencias del mercado o de finalidades definidas fuera del ámbito académico. La idea de la productividad, tan en moda hoy, integra un término fordista para avalar un trabajo que difícilmente se adapte a este tipo de exigencia. De ahí la importancia del poder que ciertas agencias de financiamiento pasan a tener en la orientación de las investigaciones universitarias, orientaciones que muchas veces tienen muy poco de científico, por lo menos en el campo de las ciencias sociales y se vinculan mucho más a los intereses de grupos corporativos que las que están envueltas.

D.U. ¿Cómo reaccionaba el profesor Ianni a ese estado de cosas?

R.O. Una rectitud en el carácter es justamente una posición que él retuvo en los

contextos que les fueron adversos. Rectitud significa mantener un rumbo. En el caso brasileño, existen especificidades por ejemplo. Las apelaciones a la política no tienen el mismo peso en el campo intelectual francés o norteamericano, por ejemplo. Ese es un elemento particular del campo intelectual brasileño, yo diría tradicional, en la medida en que toda la intelectualidad siempre tuvo que dar cuenta de la cuestión nacional, de la construcción de la modernidad y del Estado – Nación. Recuerdo que ya estaba presente en el ISEB de Rio de Janeiro en los años 50, y en los trabajos de los autores durante el Estado Nuevo. En Brasil, la política sobrepasa al trabajo intelectual, dimensión que forma parte de la tradición latinoamericana y está vinculada a la construcción de identidades nacionales. Hay una manera elegante de decir eso: las ciencias sociales en América Latina nunca fueron flaubertianas. El “arte por el arte” siempre fue un ideal a ser defendido en un contexto en el cual los intelectuales eran “comprometidos” mucho antes de que Sartre escribiera sobre este asunto.

D.U. ¿Cuál fue el papel desempeñado por las ciencias sociales en ese contexto?

R.O. Ahí entra un segundo aspecto. El proceso de institucionalización de las ciencias sociales en Brasil es tardío, se da sobre todo como cursos de posgrado a finales de los años 60, inicios de los 70. Y también una nueva organización de la vida universitaria que encuentro Ianni a mitad de su camino. Él ya había vivido una experiencia anterior en la cual la tensión entre las Ciencias Sociales y la política era fuerte, pero desconocía, como todos nosotros, los nuevos focos de tensión que se estaban formando: la constitución de una industria cultural y la institucionalización

de las universidades. Son elementos específicos que fueron reconfigurando una relación, o sea una tensión entre el trabajo intelectual y el mundo no académico.

D.U. ¿Cómo ve, en este contexto, una cierta aversión que el profesor Ianni demostraba por determinados componentes mediáticos?

R.O. Él veía con mucha claridad esa separación entre los campos universitarios, académico y científico, de otros campos, como el periodismo. En el Brasil esa relación nunca fue explícitamente tematizada, permenece en el limbo, como si las personas tuvieran dificultades para tomar conciencia de las contradicciones existentes. Por ejemplo, muchos especialistas escriben en las páginas de opinión de un gran diario, y “hacen de cuenta” que su valor sería equivalente a otro artículo publicado en una revista científica. Curioso y propio del sistema de evaluación existente consagrados para los artículos de periódicos, entrevistas en la televisión, como ítems relevantes para medir una actividad académica. De esta forma, hay un contrabando de legitimidad, aquello que pertenece al dominio de la visibilidad mediática adquiere un estatuto científico. No hay ningún problema en escribir una página de opinión en un periódico – inclusive es una manera de insertarnos en el debate público, que es importante. La cuestión no está ahí, las dificultades comienzan cuando se deja de lado la soberanía del pensamiento, y el trabajo realizado se legitima por medio de otros artificios, la política, la inserción en los medios, la participación en la jerarquía institucional universitaria: Capes, comisiones de evaluación, organismos de representación científica, etc.

D.U. Sin hacer concesiones.

R.O. Exactamente. El camino que él eligió fue el de ser un intelectual crítico, atento a las cosas del mundo, pero sin adecuarse a las fuerzas e imposiciones de ese mundo. De ahí la idea de tensión. Por ello es un intelectual clásico.

D.U. ¿En qué medida Octavio Ianni puede ser visto como un discípulo de Florestan Fernandes?

R.O. Fue un discípulo, es decir que fue alumno de Florestan y aprendió mucho con él. Durante un tiempo, en el contexto de la escuela de la USP, con otros colegas, participó de todo un conjunto de investigaciones (el racismo entre ellas) cuyo eje temático era coordinado por Florestan. Evidentemente existen rasgos que lo diferencian de Florestan, no sólo en el pensamiento, sino en la construcción del objeto sociológico. Entre otras cosas, esto también tiene que ver con las coyunturas en las que cada obra fue realizada. Florestan tiene una contribución definitiva para la sociología brasileña. Básicamente es una especie de Durkheim propio, pues confiere solidez al campo de la sociología brasileña (tampoco se trata de decir que Florestan inventó la sociología en Brasil). Todo su trabajo consiste en formular la existencia de un saber sociológico que pudiera superar los impasses del escepticismo vigente de la época. Octavio forma parte de una generación posterior, él se insertó en un campo previamente estructurado, o al menos en parte. Además existen las inclinaciones individuales de cada uno. El trabajo intelectual, felizmente, tiene mucho de artesanía, no es un trabajo en serie, es algo personal. En este sentido, las inclinaciones personales pudieron llevar a Ianni a temas que no estaban contenidos en su experiencia en la USP, como es el caso del tema globalización.

D.U. ¿Cómo veía el profesor Ianni a la Universidad?

R.O. Existen diversas dimensiones. Una cosa son las aulas y el papel que él ejercía como profesor. Octavio orientó probablemente un centenar de tesis. Siempre fue un excelente orientador y profesor. Su visión de la Universidad, entre tanto, no se reduce sólo a eso. Ahí están sus trabajos, que son muy importantes. Diría que él veía a la Universidad como un espacio de reflexión y de pensamiento. Ahí entra de nuevo la cuestión de la soberanía. Ianni siempre fue un crítico de la instrumentalización de la universidad, fuera por razones políticas, administrativas/institucionales, o de orden corporativo. De ahí su conflictiva relación con las asociaciones de docentes, cuya perspectiva es, muchas veces, de un marcado corporativismo. Se privilegia la lucha sindical dejando en segundo plano las cuestiones de orden científico.

D.U. ¿Siempre trató de mantener una independencia de este tipo de injerencia?

R.O. Independencia y una solidez intelectual que no se vincula al partido, al sindicato, la industria cultural o el gobierno. Por ello digo que su actitud es clásica.

D.U. ¿Cómo fue su convivencia con él?

R.O. Lo mejor posible. En realidad, éramos muy diferentes. Inclusive una de las hijas de Octavio decía, siempre riendo, que nos llevábamos bien por ser tan diferentes. En parte es verdad, pero creo que existían fuertes afinidades entre nosotros. Fundamentalmente el respeto a la concepción del trabajo intelectual. Pienso que eso fue lo que nos aproximó, sin importar que fuera su alumno, o de Florestan Fernandes. Cuando lo encontré en 1985 en la PUC-SP fuimos atraídos por esta afinidad electiva, como diría el viejo Goethe. El término es sugestivo, proviene de la química pre-moderna, que en la época de Goethe

ya había sido superada. Era utilizado para definir la atracción entre ciertas sustancias distintas, sin nada en común pero que, por una razón inexplicable, terminaban juntas. Esa afinidad efectivamente se reforzó cuando comenzamos los trabajos sobre globalización.

D.U. ¿Cuándo se dio esa convergencia de ideas?

R.O. A fines de los años 80, principios de los 90. El tema era prácticamente ignorado por las ciencias sociales a escala internacional. Cuando comenzamos nuestras discusiones, el propio Milton Santos se incorporó al grupo, realizamos un seminario de estudio en el Instituto de Estudios Avanzados de la USP. Nos encontrábamos con una temática nueva, que exigía algún tipo de ruptura con el pensamiento más convencional de las ciencias sociales. Además del asunto en sí, él exigía una postura en relación al trabajo intelectual, que pasaba por la redefinición y la transformación de los conceptos existentes. Nos parecía claro que las ciencias sociales operan siempre con conceptos históricos, y que para comprender las transformaciones del mundo contemporáneo, era necesario volcarnos hacia categorías críticas del pensamiento.

D.U. ¿Cómo se produjo ese cambio de foco de la investigación de Octavio Ianni?

R.O. Es curioso. Hasta un determinado momento el tenía dificultades en considerar el tema de la globalización, sobre todo en el inicio de nuestras conversaciones. Entonces un cambio ocurrió con la Guerra del Golfo. Estábamos juntos en París en una manifestación contra la Guerra en 1991. Yo estaba terminando mi libro de Cultura y Modernidad y él estaba trabajando como profesor visitante en una Universidad de Madrid. Me fue a visitar y se quedó una semana conmigo. Las repercusiones sobre la invasión de Irak fueron

*inmensas en Europa, y se percibía claramente el dilema de los países europeos, que apoyaban a la guerra con resistencia (como Francia en particular). Octavio estaba eufórico al percibir como la Guerra del Golfo podía ser dentro de un nuevo orden, es decir globalizada. Al contrario de lo que había sucedido con el Muro de Berlín, que era más la señal del fin de un orden. A partir de ahí Ianni se enganchó a escribir *Una Sociedad Global* (1993). Durante toda la década del 90 estuvimos muy próximos en función de la discusión de la globalización. En su caso, ocurrió una cosa excepcional, Ianni era un intelectual que tenía una trayectoria consolidada, consagrada, pero osó reorientarla en función de las transformaciones en curso. Para hacer eso, es preciso tener aire y coraje intelectual.*

D.U. ¿Cómo quedaron sus concepciones marxistas con esos cambios de ejes?

*R.O. No es fácil responder a esa pregunta, demandaría una reflexión más profunda de su obra como un todo. Arriesgo una respuesta provisoria: tendríamos que ver las fases. En un momento determinado, sus análisis son conceptualmente más marxistas. Como la lectura que hace a propósito de la esclavitud en Brasil. En nuestros textos sobre la globalización es diferente. Marx inspira su pensamiento, pero no son sus conceptos tradicionales marxistas lo que lo organizan. Por ejemplo, en una *Sociedad Global* es sintomático que considere al capitalismo, inspirado en Marx, como una forma de civilización y no sólo como un modo de producción. Civilización implica economía, sociedad y cultura, o sea, una totalidad más abarcativa, que debe ser entendida en su complejidad.*